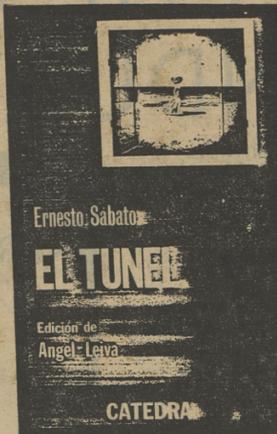


Pueblo literario

HORA ESPAÑOLA DE LA NARRATIVA ARGENTINA

PUEBLO Literario refleja la convergencia, que queremos destacar con valor de homenaje, de presencias —física y con libros— de figuras de la literatura argentina en la actualidad española. Marta Lynch y Julio Cortázar, en Madrid. De ellos habla en un artículo el argentino madrileño Marcos-Ricardo Barnatán, quien alude también a Manuel Mugica Láinez. El lector español más avisado está disfrutando su larga y fascinante novela «Bomarzo», publicada en Planeta, con un prólogo precisamente de Barnatán. En otro lugar, Santos Amestoy refleja su encuentro con Marta Lynch, a quien pronto leeremos en Alfaguara. «El diario anecdótico» que acostumbra quien se esconde bajo el nombre de José Miralles Calm, se dedica hoy a ese Borges tan impertinente entrevistado por algunos y que realizó un reciente viaje a Madrid, casi a cencerros tapados en contraste con la triunfal acogida que tuviera anteriormente. Sabemos que lo mismo que Julio Cortázar y antes Borges —el pasado domingo vimos y escuchamos al cubano Alejo Carpentier—, vendrá muy pronto Ernesto Sábato para actuar en el programa TV. «A fondo», de Soler Serrano. Se le anticipa la edición de su primera novela, «El túnel».



hecha para cátedra, por Angel Leyva. No la teníamos española, por lo que seguramente ha de constituir, estudiada, especial atractivo para quienes han podido leer «Sobre héroes y tumbas» y «Abdón el Extrangulador», así como algunos de sus ensayos aparecidos aquí. Todavía no hemos tenido la presencia física —la de Mugica sí, hace unos años, y fue entrevistado para estas páginas— de Adolfo Bioy Casares, cuya obra nos está visitando de continuo en Alianza Editorial, que seguirá seguramente hasta completarse como está ocurriendo en la misma editorial con la de su colaborador Jorge Luis Borges, cuyo «Evaristo Carriego», de 1955, ha sido la última y muy reciente entrega. La última de Bioy se titula «El sueño de los héroes», donde se recogen los relatos más profundamente intelectuales de toda esa fabulación suya donde lo fantástico, construido con precisión mental, se acerca, por su mezcla con lo trivial y su dramático simbolismo, cada día más a lo humano,

tal como Sábato predijera. De Cortázar, además de los relatos de Alianza, tenemos en la actualidad «Los premios», con Sedmay.

Probablemente nunca como ahora ha repercutido en nosotros la literatura argentina. Si el «boom» hispanoamericano, como han dicho sus críticos, ha sido por una parte beneficioso y por otra perjudicial para los que su onda propagandística no alcanzaba, además de entronizarnos a Borges ha tenido la virtud de despertarnos «a posteriori» el afán de llegar a lo exhaustivo en los nombres propagados y de completar, con los silenciados, el panorama. Si es mucho lo que nos falta, pero va por buen camino, para realizar lo primero, quizá el impacto que esperamos de Marta Lynch sea, por lo que respecta a los narradores argentinos, el comienzo de lo segundo. Señalemos como un acontecimiento significativo este momento español de la narrativa argentina.

EL Diario Anecdótico.

Escribe: José MIRALLE CALM

PREGUNTAR A BORGES

EN un momento determinado de cierta conversación que mantuve con Julio Cortázar hace ya unos años, saqué a colación la figura de Borges, quien recientemente había hecho alguna de esas extravagantes declaraciones políticas que de vez en cuando le arranca algún avieso periodista. Cortázar al instante, algo enfadado, dijo: «Yo creo que la mejor cita con Borges en este momento es no acudir a la cita.» Era la época en que Cortázar preparaba su colaboración para el libro «Chile: le dossier noir» y no estaba para bromas. Justamente: bromas, paradojas de Borges. Aceptarlas o no depende de si se quiere o no se quiere —o si se sabe o no se sabe— entender a Borges.



En aquella misma conversación, Cortázar añadió que Borges no debía hacer ese tipo de declaraciones reaccionarias, porque, al ser un hombre público de tal fama, cualquier cosa que dice se extiende como la pólvora; si acaso podía hablarse así en los cafés, pero no en los periódicos. Cortázar de esa manera, acusaba a Borges de imprudente por hablar como habla ante un auditorio en el que la agnosia y la estulticia son costumbre y norma. Y no creo yo que haya que responsabilizar de los pecados ajenos a quien para nada toma

parte en la cuca operación de implantar esa estulticia, sino que simplemente juega a las paradojas y las quinolas con muchos de esos periodistas que sin haber leído una sola línea su ya entrevistado.

HACE escasos días, Cortázar, algo más calmadamente que en aquella ocasión, declaró a M. Pujalte en este periódico que le irritaba que los entrevistadores

(Pasa a la pág.)

DOS ARGENTINOS EN MADRID MARTA LYNCH y JULIO CORTAZAR

LA vasta diáspora argentina anda por el mundo en horas difíciles; para la convivencia en su suelo, los argentinos recrean una innumerable y trashumante patria, que viene y va de uno a otro lado del Atlántico. Así pudo darse el extravagante encuentro en un teatro madrileño de Julio Cortázar y Nacha Guevara, el primero espectador emocionado, la segunda emocionadamente instalada en el escenario. En el aire versos del Plata, música que sonó y sonó Buenos Aires. Cortázar llevaba unos días en Madrid: la grabación de un programa para televisión y un par de declaraciones a la Prensa que reflejaban su preocupación, pero también su esperanza. Al verle entrar junto a Carmen Waugh al teatro recordó los largos años de devota admiración por aquel escritor al que había descubierto al acabar el bachillerato, al que tanto había mitificado la adolescencia, hoy tan lejana. El hacedor de cronopios y de famas era ya un personaje concreto, identificable, que me escribía cartas o al que pude conocer hace un par de veranos junto a las alturas madrileñas del ático de Jaime Salinas. La pasión ciega se transformó con el tiempo en un respeto razonado y en una matizada crítica. Tras aquellos «Octaedros», con los que casi se estrenó la colección Alianza Tres, Cortázar vino a entregar a la colección literaria de la nueva Alfaguara «Alguien anda por ahí», nuevos cuentos fantásticos y psicológicos que aparecerán en primavera. Los seguidores de su narrativa, siempre brillante e inesperada, tendrán una nueva cita con este pasajero fugaz. Mientras, nos queda su silenciosa presencia y la emoción compartida, que es también añoranza de una tierra querida.

que tanta justicia se le adeuda. Su lenguaje es apasionado. Marta Lynch acaba de escribir una novela contra sí misma: «Manucho me decía, vos tenés que escribir una novela contra algo. Pero como yo no sé escribir contra nadie, escribí un libro contra mí, se llamará «Cambio de guardia», que es de alguna manera también la historia de ese naufragio nacional que fue el fracaso del frente justicialista». La obra de Marta Lynch no puede desligarse de la historia reciente de Argentina, esa historia tan triste hecha con sucesivas frustraciones y que ella comenzó a retratar en «La alfombra roja», su primera novela. No puedo olvidar la lectura de aquel apasionante testimonio de la ambición de poder y también de la traición de los líderes cuando se hacen con ese poder, quizá porque el libro me llegó en manos de una de las víctimas del frondismo institucionalizado que fue Alejandro Gómez, vicepresidente electo junto a Frondizi, y por cuya candidatura luchó Marta Lynch junto a un nutrido grupo de intelectuales, entre los que estaba David Viñas y Noé Jitrile, los dos hoy en el exilio. «La alfombra roja» era una ficción aparente, pero tras los personajes de la narración estaban los otros, los históricos, los que conocimos, sufrimos y sufrimos las desventuras de la política argentina. Después vino «Al vencedor», «La señora Ordóñez» (su obra más difundida) y «Un árbol lleno de manzanas», entre otros libros. El lector español podrá pronto conocer de una manera direc-



ta la prosa encendida de Marta Lynch, gracias a la edición de «Los dedos de la mano», una colección de relatos que acaba de contratar con Alfaguara.

PRESENCIA intensa la de la literatura argentina en España, los viajes y las ediciones se suceden. Borges, Bioy Casares, Cortázar, Marta Lynch, y pronto será Ernesto Sábato el próximo viajero, quien nos traerá un nuevo testimonio de aquel inquietante país que no renuncia al ejercicio constante y fértil de una literatura que nos ayuda a conocernos y a desconcertarnos.

Escribe: Marcos-Ricardo BARNATAN

Escribe
J. A. UGALDE



NUMERO EXTRA DE «AJOBLANCO»

ALTERNATIVA AL CAOS URBANO E INDUSTRIAL

¿Ha muerto la contracultura? Este era el titular de portada que insertó la revista «Ajoblanco» en uno de sus últimos números. Pensé que habría marejada en el grupo que se aglutina en torno a la citada revista, y que ha sido uno de los pocos que ha manejado por estos lares el confuso haz de propuestas reunido en el rótulo de «contracultura». Pero, apenas un mes más tarde, «Ajoblanco» anunció un número extraordinario, dedicado a uno de los asuntos característicos de la contracultura: «las tecnologías blandas». La contradicción quedó relativamente esclarecida cuando el equipo redactor del estudio (T. A. R. A.) declaró que la nueva línea de la revista trataba de entroncar con las tradiciones libertarias autóctonas españolas, sin renunciar por ello a la crítica del progreso tecnológico occidental, iniciada por algunos movimientos contraculturales.

Esto de las «tecnologías blandas» o «energías libres» pretende ser una alternativa radical, social y técnica, frente a las «tecnologías duras» de nuestra era automatizada, superespecializada, esquilada, contaminada y anegada por el trabajo y el consumo. La cosa es transparente: en vez de energía atómica y desangramiento de las reservas de combustible fósil (petróleo), energía solar, eólica, de las corrientes de agua y del metano obtenido de la reconversión de los desperdicios; en lugar de la agricultura actual intensiva y de monocultivo, que exige la utilización de pesticidas y fertilizantes, que ingresan como elementos contaminantes en el ciclo biológico, una agricultura que se inscriba en los ciclos naturales sin degradarlos y que saque el mayor partido posible de la diversidad de fauna y flora; en contra de la utilización de materiales no reconvertibles (como el plástico), que se acumulan al montón ya existente de desperdicios, el retorno a los materiales que, tras morir, pueden reincorporarse al ciclo biológico (cueros, fibras naturales, piedras, maderas, metales); reinstauración de tecnologías sencillas, como el horno de gas, la bicicleta, la máquina de coser o los molinos de viento, además de un sinnúmero de aplicaciones prácticas de

las energías libres, que el equipo T. A. R. A., redactor del estudio de «Ajoblanco», analiza y presenta en sus diseños prácticos.

QUE SI QUIERES ARROZ, CATALINA

NATURALMENTE, para los de «Ajoblanco» toda la alternativa tecnológica se inscribe en una posición política y social autogestionaria. Se trata de que las gentes recuperen el espacio, los medios técnicos y las condiciones de producción de su propia vida, hoy en día enajenada por las manías y privilegios del poder. La energía solar no puede monopolizarse ni almacenarse como la atómica. La alternativa de las «tecnologías blandas» faculta la organización de unidades sociales autónomas y se halla íntimamente ligada al abandono del gigantismo urbano, a la descentralización de los centros decisivos, al logro de un nivel de especialización más humano, a unas maneras de desarrollo científico y técnico encaminadas a mejorar la calidad de la vida y no a aumentar la cantidad idiotizadora de los objetos de consumo.

Frente a la autorreproducción de la neurosis colectiva en que se ha convertido la sociedad posindustrial, frente al definitivamente culpable silencio de las organizaciones de izquierda, dispuestas a pasar por el aro del «progreso» y de la barbarización del planeta a manos de la «tecnología de vanguardia» con tal de lograr sus fines estratégicos, las alternativas de «Ajoblanco» son más un síntoma de la crisis que nos atenaza que una solución real. Mezcla de añoranza y rebelión contra las nefastas transformaciones de la sociedad actual, las «energías libres» no existen sino en el reino de Utopía; es decir, en el corazón de un puñado de ilusos. Es preciso descender un peldaño más de la rabia y del horror y reconocer que no hay esperanzas, que el mundo es Babel, que la evolución caótica del planeta es irreversible y escasamente gobernable. Sin embargo, en esa tierra de nadie, por donde deambulan los desconciados crónicos, los militantes perpetuos de la oposición a lo establecido, los silenciosos y socarrones escépticos, los vagos re-



calcitrantes y otras especies igualmente descalificadas para la mentira, hay sitio también para quienes quieran seguir las tácticas del camaleón, del marginamiento relativo y del agazapamiento de emergencia que facultan las «tecnologías blandas». Lo que me parece importante de éstas es que pueden ser un punto de apoyo para quien está dispuesto a coger los bártulos y retirarse del mundanal bullicio. Parece sin embargo, que ya va siendo hora de que quienes se lancen a este tipo de aventura abandonen justificaciones técnicas inservibles, sean anarquistas o contraculturales: uno huye porque huye, porque le es imposible aguantar en el campo de concentración de la cultura urbana. Tal vez dentro de unos años ni siquiera quedarán sitios para esconderse.

DE MUJER A MUJER

(RESPUESTA A UNA FEMINISTA DESMELENADA Y LIGERAMENTE OFUSCADA)

Querida Conchita: permíteme que te hable de mujer a mujer (pensando, como pienso, que con la palabra mujer se designa un conjunto variopinto y heterogéneo de roles sociales de imposible reducción a unidad conceptual, considero que el hecho de haber representado una buena porción de ellos me permite considerarme, a ratos, como mujer). En tu carta me dices que ni conozco ni comprendo el feminismo, y me invitas a «asomarme» a él; pues bien, aunque te extrañes de ello, te diré que he sido una de las primeras feministas de este país.

Corría el año 1968 por las venturosas tierras salmantinas cuando mi calenturienta mente de abnegado militante llegó a convencerse de la necesidad de un movimiento de mujeres que enarbolase como bandera su emancipación de las específicas condiciones de opresión que padecían. Me hacia yo por entonces poco más o menos las mismas consideraciones que en tu carta me haces con casi diez años de retraso. Feminista convencido, me lancé a la tarea: proselitice cerca de 40 mujeres de todos los ámbitos sociales, redacté un documento sobre la situación de la mujer a lo largo de la historia y hasta tal punto me metamorfoseé en el cumplimiento de mi apostólica misión que en la reunión constitutiva de la organización (a la que, como «hombre» no quería acudir, pero a la que me llevaron porque, según decían, «yo tenía el problema más claro que ellas») abrí las sesiones con un «nosotras, las mujeres...» que provocó un cierto regocijo.

Pero vamos al grano. Te voy a contar por qué dejé de ser «feminista», a pesar de que (y precisamente porque) continuaba deseando con toda mi alma que hombres y mu-

jeres fuéramos felices y comiéramos perdices. «Doble opresión de la mujer», «la mujer está más oprimida», ¿en qué balanza se cuantifica y se mide la opresión? ¿con qué criterio se comparan los grados de opresión? No, Conchita: la opresión, como la libertad, no admiten gradaciones ni escalas. No se puede ser más o menos libre, no se puede estar más o menos oprimido. O se es libre o se es esclavo; la libertad «a poquitos» es una mascarada, a nadie le consuela que le quiten un grillete si sigue encadenado.

Por otra parte, ¿qué es «la mujer»? Las relaciones de poder vigentes estructuran un complejo sistema de roles sociales y arquetipos ideológicos moldeadores de nuestras personas; es el lugar ocupado en ese sistema lo que define la «esencia» de alguien y configura su específica forma de opresión, y hoy por hoy, dicho lugar no parece estar unilateralmente determinado por el sexo.

En resumen, querida Conchita, empecé a no ver la cosa clara. Y a pesar de que he procurado leer todo lo que las feministas han venido publicando, sus análisis sólo han servido para que lo viera todo más oscuro. Por eso, Conchita, cuando abrí tu carta y leí: «Soy feminista convencida», pensé esperanzado que tú serías el deseado báculo de mi fe feminista. ¿Cuál no sería mi decepción al ver que repetías los clichés que yo mascullaba diez años ha y que ya no lograban convencerme.

En mi artículo para nada me refería a las mujeres y su lucha. Ni la aconsejaba ni disuadía de ella. Lo que analizaba era la ideología feminista, o más exactamente sus «a priori» fundamentales, tal y como se materializan en el comportamiento práctico, cotidiano, de un buen número de feministas. Encontraba que esa ideología era maniquea, platonizante, «cristiana», burda feminización laicizada de la soteriología bíblica. Añadía que su función no era otra que provocar en las mujeres la necesaria reconversión ideológica requerida por su integración en el mundo del trabajo y los entresijos del Estado. Y señalaba la obsesión paranoide, la aburrida monotización y los delirios «machistas» que provoca en sus víctimas. Nada más.

Me llamas nihilista, cuando lo propio del nihilismo no es «no creer en nada», sino creer que para que la vida tenga valor y merezca la pena hacer cosas, es necesario «crear en algo».

Más allá del nihilismo —nunca más acá— nos espera la inocencia y, quizá, la libertad.

Un cariñoso saludo de tu amigo (a):
Juan (a)
ARANZADI

Ciclo de conferencias sobre «Medios de comunicación y política»

EN LUCHA CONTRA LA MANIPULACION INFORMATIVA

A lo largo de dos semanas, han disertado miembros del PSOE, PCE, Izquierda Democrática, PSD, LCR

ALGUNAS existen medios de comunicación auténticos: el lenguaje, las señales de humo, tal vez el primitivo tam-tam. La escritura ya es información, o sea, mensaje divulgado por quien tiene una ventaja: conocer el código y poseer los instrumentos adecuados. La escritura inaugura un intercambio desigual de mensajes: un grupo se especializa en lanzar informaciones (emisor) y la gran mayoría se ve reducida sólo a escucharlos (receptor). A medida que las técnicas de difusión de los mensajes se desarrollan, va acelerándose la manipulación informativa de grandes sectores de población por reducidos grupos que detentan la posesión de los citados medios de difusión o información. En la actualidad, el Estado posee el principal núcleo del aparato informativo de nuestro país; sin embargo, la traslación hacia la democracia formal, exige que el Estado, concebido ya como simple forma en la que se encuadrarán los electos gobernadores del pueblo, se despoje de sus aparatos informativos y los ceda a los partidos, las asociaciones, los grupos, que serán quienes nutran de hombres al Estado. Es previsible, pues, una próxima situación en que los aparatos informativos estén en manos de los grandes partidos conservadores y del centro, de los «trusts» económicos y, en segunda línea, de la Iglesia, de la empresa privada y semi-pública, de los partidos de izquierda, de los independientes (siempre buenos «funambulistas») y, por fin, de una larga hilera de aficionados a las artes, la gastronomía, el asociacionismo vecindario, la filatelia, la mística, la apicultura, la moral o la teoría de los medios de comunicación de masas.

Quien en esta sociedad no pertenezca a algún club que tenga algo que decir, está perdido. Sometido a una abrumadora descarga de mensajes y sin poder evacuar ni uno solo de los que él genera, al desdichado sólo le queda obedecer la legión interminable de consejos y mandatos o arrancarse los ojos y atravesarse los tímpanos. Por desgracia, la inmensa mayoría de las gentes pertenece a este grupo que carece del más mínimo medio de difusión: se han quedado sin fotocopiadora, sin imprenta, sin cámara de televisión y hasta sin máquina de escribir. Es por eso que la teoría misma de los medios de comunicación de masas exige la

inapelable redistribución de las posibilidades de lanzar mensajes, el reparto equitativo del conjunto de medios técnicos de difusión e información, la liberación de la voz encadenada que hasta el más desaharrapado alberga en su interior.

● LA INFORMACION, AL SERVICIO DEL PUEBLO

ESTA ha sido, sin duda, la postura de los partidos políticos progresistas que a lo largo de dos semanas han disertado en la Facultad de Ciencias de la Información, P. S. O. E., P. C. E., Izquierda Democrática, P. S. D., L. C. R. Cuanto más izquierdista era el ponente, mayores eran sus exigencias de liberalización del aparato informativo, mayor zarabanda quería armar: libertad de expresión, desaparición absoluta de la censura, pluralismo informativo, secreto profesional, ley antimonopolio, control democrático de los medios de difusión, control obrero de los citados aparatos, libertad de todos los grupos para disponer de sus órganos informativos, lo mismo, pero incluso en una hipotética sociedad socialista... Sólo faltó un buen orador de la acracia que, siguiendo a Enzensberger, hubiera optado por un pandemónium atronador por un reparto exhaustivo de los múltiples medios y canales de la actual información. Parece, pues, evidente que así como el invento del individuo exigió el «un hombre, un voto», el hallazgo de la escritura pide el «un hombre, un bolígrafo» (y tómeselo aquí «bolígrafo» como un símbolo de todo medio de difusión mensajística).

Sin embargo, ciertos hechos desmienten el verismo de todas estas exigencias. Mientras con una mano se quiere nivelar la capacidad de suministrar mensajes, con la otra se reintroducen toda clase de diferencias (los grupos pugnan por hacerse con la posesión de los medios técnicos de difusión, estos últimos se reproducen y se vuelven sofisticados, grandes masas de población —en cambio— siguen con las manos vacías). Lo cierto es que la gran mayoría sigue siendo exclusivamente receptora y se convierte en una marioneta de los variopintos manipuladores de información. Hemos llegado a un estado de cosas en que la información no es sino la ración diaria de datos que confirman el alejamiento de la alegría y el bienestar. Reproducción engañosa de una realidad que se ven incapaces para transformar y que no hacen sino regurgitar, los aparatos informativos se han vuelto inútiles, tediosos, meras formas de participación en la comunión de la mala conciencia.



Uno, en sus momentos de desencanto, desearía adherirse a algún programa que patrocinara la abolición de los medios de manipulación de masas, la ruptura de esos ficticios lazos comunitarios que no hacen sino acentuar la uniformidad, la visión de la desdicha y la impotencia y, así, retornar a la verdadera comunicación, a la que se establece cara a cara y provoca conmociones entre ambos polos (emisor y receptor) del mensaje. Pero, como es lógico, tal letargo mensajístico es imposible, tan imposible al menos como el anhelo de «cuadrar el círculo», latente en las esperanzas de los oradores antes reseñados. En tales circunstancias —igualmente prohibidos el regreso nostálgico a formas pretéritas de comunicación y el acceso al universo del mensaje libre—, sólo quedan soluciones atenuantes: la lucha por descentralizar el aparato informativo, la búsqueda de canales informativos que al Poder se le hayan despedido, el apoyo incondicional a cualquiera que desee poner eco a sus rugidos... pero también, y al mismo tiempo, la cera para los oídos, la cerilla aplicada al periódico mentiroso, la colocación del aparato de radio o de televisión bajo el grifo de la ducha. En una palabra, sólo cabe deslizarse con sigilo por el laberinto de la manipulación informativa, abandonando radicalmente el papel de mero escucha y soplando a todo pulmón por las trompetas que vaya uno encontrando sin dueño.

A. APALATEGUI



El último Nadal

UNA NOVELA Y EL BUEN MOMENTO DE UN NOVELISTA



PARA un lector mínimamente acostumbrado a los cortes, saltos, yuxtaposiciones y desdoblamientos de las técnicas narrativas modernas no ofrece mayor problema seguir, como si de un orden lineal se tratara, esta novela de Raúl Guerra Garrido que ha obtenido el último premio Nadal. Pienso que incluso sin esta preparación. Basta seguir el hilo, que nunca se pierde, de la biografía y la circunstancia especial y política del protagonista: un industrial guipuzcoano a quien un grupo extremista poco definido—la indefinición acumula el conjunto de contradicciones de la acción revolucionaria e hipernacionalista—ha secuestrado. «Lectura insólita de "El capital"» pertenece al neoconvencionalismo que usa de esas técnicas nuevas por economía, intensificación y eficacia, no por experimentación, musicalización, misterio, fantasía o expansión poética.

El misterio, la ambigüedad y el secreto último del autor están en el acierto de conseguir, con apariencia de plural entrevista, presencia del narrador en medio de los sucesos—hasta un atisbo de participación intermedia como forastero y ajeno al conflicto, como estudioso de su clima—, más que un conjunto de confesiones y confidencias en torno a la persona, el caso y sus raíces y complicaciones; el fluir de la conciencia en cada personaje como es, implicado, testigo o afectado, constituyendo una rica galería tipológica. Todos los personajes, en relación con el central, a quien entre todos de-

finen: espejos de la hazaña de un capitán de una industria siderúrgica, visto de un lado como explotador capitalista y de otro como creador de trabajo y riqueza, siendo él el primer trabajador en una mezcla de paternalismo y dureza, de intuición e innatas condiciones, y de apropiación progresiva a la española de técnicas y soluciones modernas con una indomable voluntad, siempre de superación. El punto de vista, la voz del narrador, flotando hábilmente a conveniencia del autor.

Guerra Garrido—como antes lo hiciera en algunos aspectos Zunzunegui o Agus-

ti—ha querido proseguir una veta de la novela realista —la de Balzac o Galdós—, que tanto le interesara a Lucas y a la crítica marxista: el factor económico en esa epopeya del héroe degradado, condicionado y sin destino en una sociedad degradada. La insólita lectura de «El capital» que el prisionero verifica a saltos, y seguramente no integra—la edición misma es resumida—, durante el secuestro es todo un símbolo.

La finura de apreciación histórica—posguerra, desarrolismo, conflictividad laboral, problema vasco, con las antes mentadas contradicciones ideológicas—se evidencia en un lenguaje matizadoramente representativo, tanto en orden a los datos documentales, especulativos, sociológicos, testimoniales, como en su transformación en valor de escritura, discurso y novedad narrativa. Unas veces más jugosa y vivaz que en esas otras en que predomina lo primero, aunque imponiéndose siempre la eficacia expresiva, seleccionada y segura de un arte muy depurado y consciente. Tanto el tema—ya iniciado en otras narraciones suyas—como la realización lingüística seña-

lan una madurez de reflexión y ejercitaciones en un autor en que el premio Nadal ha puesto de relieve en un momento justo y oportuno—hasta con oportunidad comercial—, responsable y promotor. Ya con su novela anterior, «Hipótesis», había entrado en la galería de Destino, en la que tanto se le debe exigir y donde ha levantado ahora el guión de los comprometidos con la fama, con el crédito, que se desvanece muy pronto si el autor galardonado no ha logrado una obra cimera—cuyo caso, desde luego, no es éste—o no se encuentra preparado para revalidarse y cimentarse. Quiero decir que Raúl Guerra Garrido está entre los preparados y consistentes con la prueba de una novela que es, a la vez, punto de llegada a la maestría y firme plataforma de lanzamientos poderosos y quizá —si lo podemos decir en términos deportivos—plusmarquistas.

BRENAN, OTRO ESCRITOR BRITANICO PARA LA AMISTAD ESPAÑOLA

HE aquí unas memorias donde su autor no intenta justificar nada, denunciar nada, exaltar nada. Su autor, Gerald Brenan es un escritor británico de talante y corazón abierto que, lo mismo que Borrow, aquél Don Jorgito el de las biblias, y el recientemente fallecido Walter Starkie, trabó con España una amistad y confianza que se hizo raíz. Brenan vino a España al comenzar la segunda década del siglo, con objeto de ampliar y reposar su preparación. Y aquí estableció casa a la que ha vuelto muchas veces y donde le sorprendió nuestra guerra civil, cuyas impresiones ha contado en crónicas y libros, así como de sus experiencias de viajero por nuestra tierra y por nuestros libros. «El laberinto español» es un libro ya clásico y por el que se le tiene entre los mejores historiadores de nuestra guerra civil. Ha trabajado constantemente en una biografía de Santa Teresa que no llegó a terminar y tam-

bién se ha interesado muy especialmente por la figura de San Juan de la Cruz, sobre el que ha publicado un libro muy interesante que ha sido traducido en 1974 para la colección Paperback de Laia. Brenan es novelista, es historiador, es crítico literario, es periodista. Todo ello se hace patente en este libro, «Memoria personal 1920/1975», que acaba de publicar Alianza Tres y cuya lectura me ha prendido inmediatamente. La indiscreción, el desenfadado, la confidencia franca, el retrato vivaz, de grandes y de pequeños personajes, la crónica aventurera y de la plural, celeste y variopinta del corazón, el testimonio histórico de unos días dramáticos para España constituyen el contenido de estas memorias escritas con enorme soltura e interés narrativo desde la cima de una larga vida. Termina su libro diciendo que espera terminar en breve una «Antología de coplas populares españolas», acompañada con

ejemplos de este tipo de poesía de otros países. Con ello cree que podrá dar por terminada su tarea de escritor, en la que cuenta once libros desde 1932, cinco de ellos sobre asuntos españoles. He cerrado la lec-

tura de éste con la alegría de haber hecho uno de esos amigos a los que es grato recurrir de cuando en cuando. Por ello dispongo para muy pronto la lectura de su «San Juan de la Cruz».





ESCRIBE
GUILLERMO DIAZ-PLAJA
(de la Real Academia Española)

La VENTANA DE PAPEL

ESTA SECCION

Se me ofrece un ángulo en este PUEBLO Literario para que yo diga semana tras semana unas palabras escrutadoras de nuestro contorno cultural. Y y la titulo con un viejo rótulo mío de 1940: «La ventana de papel». Ni a descubrimiento insigne ni a saber mostrencos me inclino. Quisiera, con toda simplicidad, dejar constancia a la vez de una curiosidad inmarcescible y de un personal punto de vista, al que no es ajena la situación periférica de mi habitual observatorio. Pienso muchas veces que desde Barcelona veo más clara la realidad peninsular que cuando me sumerjo en mi atmósfera de Madrid. Uno y otro alcance, alternados, se me presentan además como complementarios, y por ello, próximos al equilibrio.

No formularé doctrina cerrada ni pontificaré sobre seguridades absolutas. Desde hace muchos años pienso que el ensayo cumple su mejor tarea en el ejercicio venatorio, que se advierte más levantando la caza que cobrándola.

Nada más digo.

CARMEN BRAVO VILLASANTE

LOS premios son, unas veces, descubrimientos. Otras, señales de ruta y aviso de caminantes. Algunos, oportunos signos de cotas alcanzadas.

Así, ahora, este premio Fray Luis de León, que condecora la labor traductoria de Carmen Bravo Villasante, nos indica un aspecto de su personalidad, sólo un aspecto: la que le permite acercarse a nuestra sed los veneros de agua limpia de Goethe, Hölderlin o Heine. Traducir es un difícil y poco agradecido menester. Difícil, porque es una lucha titánica, por lo que un escritor pretende convertirse en el espejo de otro, sin conseguir nunca más que una imagen aproximada. Gerardo Diego titula «Tántalo» uno de sus libros de traducciones poéticas, para significar ese patético «no llegar al fruto» que angosta al que este trabajo emprende.

Pero hay, en cambio —en el caso de Carmen Bravo—, otra ganancia cierta: la de sentirse cómoda en Europa. Soy testigo de cómo esta esforzada trabajadora intelectual se mueve en los congresos internacio-

nales de literatura infantil, en la monográfica Biblioteca de Munich —que regenta, por cierto, una biblioteca española—, y en todas las partes donde su entusiasmo y su autoridad le abren un amplio camino de estimación.

Me gustaría todavía esbozar otro aspecto de su frondosa personalidad: la de investigadora de grandes figuras femeninas del siglo XIX (Bettina Brentano, la Avellaneda, la Pardo Bazán), con aportaciones documentales, que, especialmente en el caso de esta última, permiten esclarecimientos sensoriales. El epistolario de doña Emilia, hasta ahora inédito —con el episodio increíble de sus relaciones amorosas con Galdós—, le sirve para dar carácter apasionante a un trabajo que está escrito no sólo con rigor erudito, sino con un garbo literario —por ejemplo, en las descripciones ambientales de cada periodo cronológico—, que hacen añorar una obra creadora de excelente calidad.

Cuando se hable de nuevo sobre la presencia de la mujer en la Real Academia Española, ¿por qué no tener en cuenta a esta mujer laboriosa, cuya obra es ya cuajada y abundante?

CAVALCANTI, TRADUCIDO

Se dice pronto: traducir. Ya hemos indicado su dificultad, su mérito, su escasa estimación y, consiguientemente, su pago escaso. ¿Pero qué decir cuando la versión se hace de una lengua en periodo arcaico a una lengua actual?

Hazaña memorable, por ejemplo, la que llevó a término el poeta Josep Maria de Sagarra al traducir en verso —y con rima!— la «Divina Comedia», del Alighieri, en un catalán dulce y bronco, adaptado al original, como la mano al guante. Ahora es otro esfuerzo, esta vez al castellano, y no menos dificultoso: el que ha realizado Juan Ramón Masoliver con las «Rimas» de Guido Cavalcanti (edición Seix y Barral). ¿Quién es el guapo que se atreve, de no tener lo que él tiene: ciencia antigua, conocimiento de la época, lenguaje enérgico y vivo, don de interpretación?

Más difícil todavía. La traducción respeta del original verso, rima y estrofa. Permanece así en el nuevo texto la andadura de cada poema, ese decir duro y tenso, apretado y aéreo a la vez, que en la traducción se ayuda de una lengua creativa, directa, bronca y agraz, espejo de fidelidad al texto originario.

Esfuerzos como éstos valen por una cultura.



EL «GUERNICA» Y EL MUSEO NEOYORQUINO



Hace un año, casi por estas fechas, daba cuenta a los lectores de PUEBLO —y fue el primer periódico en transmitir la mala nueva— de la entrevista mantenida en la ciudad de Nueva York con la portavoz oficial del Museo de Arte Contemporáneo, Ms. Show. Allí, por primera vez, aparecía el argumento de la condición republicana que, según la doctrina del museo, impedía, tras la muerte de Franco, la venida a España del «Guernica», de Pablo Picasso. Ahora parece que el tema y la respuesta americana han vuelto a la luz. La reivindicación del «Guernica» es una luz intermitente.

Sin embargo, parece haberse filtrado que los herederos no participan de la sofisticada del museo neoyorquino y que, por el contrario, están más cerca del sentido dado por el propio Picasso a las condiciones impuestas por él mismo. Desde aquí anuncio que, por mi parte, las cosas no van a quedar así. Pero, ¿qué puedo hacer yo, miserable de mí, sino contribuir a ventear la información que surja en torno

al tema? Algo es algo. Por ejemplo, recabar opiniones de republicanos españoles. Por hoy valga centrar los términos de la polémica: Parece claro que Picasso dejó bien explícito que el «Guernica» es patrimonio del pueblo español y que a él regresaría cuando se restaurasen las condiciones de la libertad y la democracia. Por eso, cuando la oposición democrática acepta la validez del pro-

ceso de transición en el que el pueblo español está embarcado, el argumento de mister Rubín, el director del museo americano,

suen a falacia. Muy comprensible, por otra parte. Basta viajar a Nueva York y ver el «Guernica» en la gran sala destinada a él

solo, y que es el verdadero plato fuerte de la colección. Para entender que ningún depositario ha de querer desprenderse de tan precio-

no depósito. Por eso mismo me gustaría a mi también —y pienso que a todos ustedes— poder verlo en un museo de Madrid.

◆ El tema y la negativa americana a la devolución del cuadro, otra vez sobre el tapete

“CONVIVENCIA Y DEMOCRACIA”, MALA SUERTE

Por la orden ministerial de 29 de noviembre de 1976 el programa de estudios de educación cívico-social parecía que iba a convertirse verdaderamente en lo que su nombre indica. Nada

más a tenor con las orientaciones políticas que rigen en los actuales tiempos. El proceso democratizador llegaría a las aulas. Lejos quedaban ya aquellos textos —por demás patéticos— mediante los cuales a varias generaciones se nos trató de educar en todo lo contrario. La formación del espíritu nacional —la «política», que decíamos— y su fantasma quedaban así definitivamente enterrados.

Mas he aquí que una editorial que se llama Academia Politécnica convocó un grupo de expertos, trató de garantizar el mayor índice de objetividad y apartidismo y redactó tres tomos, que fueron muy bien acogidos en las secciones políticas y de educa-

ción de la Prensa. Sin embargo, el Ministerio de Educación y Ciencia ha fallado en contra. Los textos no son autorizados como base para impartir la enseñanza de la democrática disciplina. Argumenta, entre otras cosas, que no se insertan en el área —que se dice ahora— de las disciplinas sociales —la geografía, la historia y así—. Los editores opinan que tal posibilidad de no inclusión era contemplada en la propia orden... Y así están las cosas hasta que no se falle el recurso que presentarán los editores.

En los medios culturales y en los próximos a la enseñanza crece un rumor que el Ministerio debería apresurarse a desmentir.



Se supone, unas veces, que el Ministerio ha juzgado usando baremos más estrechos que los que rigen el actual proceso democratizador de la sociedad española, y otras, que algunas grandes empresas editoriales han metido, de alguna manera, la mano. (Las ilustraciones y, por lo tanto, la que reproducimos son de nuestro compañero Pepe Molleda.)

LIBROS DE ARTE

● CAMON: LA PINTURA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVII

José Camón Aznar publica en el volumen XXV de la Summa Artis su «Historia de la pintura española del siglo XVII». La enorme empresa se materializa en un grueso tomo de más de seiscientas páginas, con abundantes reproducciones en blanco y negro y algunas —reciente novedad en la Summa— en color.

La obra del profesor Camón supone, a la vez que un esfuerzo colosal, una contribución sólo comparable, por ejemplo, al realizado por el propio Camón y para la misma «Historia general del arte» en su historia de la arquitectura española del Renacimiento,



que, por si fuera poco, iba acompañada de un apéndice dedicado a la orfebrería. Como en aquella ocasión, son muy esclarecedo-

ras las intuiciones, los puntos de vista y las proposiciones, con las que el autor desvela aspectos hasta la fecha no suficientemente explicados. Singular es, por ejemplo, el paralelismo que establece entre la literatura teatral española y el realismo tenebrista o posttenebrista de nuestro barroco, semejante pero bien distinta de aquella sustentada por los estudiosos de alguna manera adscritos al empleo de la metodología sociologista, que prefieren emparentar el popularismo en los temas y la veta realista de los pintores del XVII con la tradición literaria de la novela picaresca.

MASACCIO

Noguer-Rizzoli, en su colección Clásicos del Arte, publica un excelente «Masaccio». Trátase, como es habitual en esta colección, de un texto predominantemente visual, acompañado de una introducción, encomendada esta vez a Paolo Volponi y de una amplia catalogación de la obra que incluye un repertorio cronológico e iconográfico de todas las obras atribuidas al pintor.

La introducción de Volponi —a la que sigue una breve antología de interpretaciones críticas— tiene la virtud de resaltar, pese a su corta extensión,



la inflexión que supone la obra de Masaccio en la pintura italiana del cua-

trocientos, pese a su breve vida —murió a los veintisiete años— en los umbrales del Renacimiento. Destaca asimismo la finura del crítico cuando hilvana al hilo de la biografía y de la reconstrucción hipotética de su tono existencial la aportación del pintor, mezcla de temperamento serenamente patético y de concepción racional, realista y científica del mundo, de la Naturalidad y del hombre, gracias a la cual la revolución renacentista contaba con un militante más.

S. A.

LA “MATERNIDAD” DE ELENA GAGO

El tema de la maternidad, que ahora presenta la Sala Kandinsky, desde la Afrodita «Gamos», las hieráticas vírgenes bizantinas, las vírgenes góticas sonrientes, la serena majestad de las de Giotto —o aun Cimabue—, o Duccio, o las dulces «Madonas» de Masaccio, Mantegna, Fra Angélico, Lippi, Botticelli, Piero della Francesca, Perugino, Leonardo o Rafael, o la estilizada del Parmesano, la trágica agrupación de madre e hijo en las «Pietà» o la humanizada relación madre-hijo, ha tenido siempre como inevitable la representación, la «mimesis». Aunque a lo largo de la progresión de los tiempos podía reflejarse de muy distintas maneras: a través de Van Gogh, que se expresa, o de Picasso, que geometrizaba y exalta en la «Maternidad» —Olga y Pablo— que preside la exposición.

El cuadro es de pintora gallega, por lo que no es extraño la sugerencia y la elegancia lírica entrañada. El ambiente gallego se funde con la presencia-ausencia del hijo. Del niño pequeño, «menino» y no «neno», por el «berce», la cuna de madera. Un «berce» maravilloso y genuino, con capota, que protege y abala, acuna, mece. La madre vive. No hay desconsuelo de muerte. Sólo de temporal ausencia. Vive porque el calzado gallego está presente y cálido, procurándole justificación a lo cotidiano, a la esperanza, al bullir casero, que adivinamos inmediato, en la habitación ahora en penumbra.

El cuadro, aparte del simbolismo, la gracia del planteamiento sugestivo y metafórico, sin plano real humano que lo apoye, es un derroche de esfuerzo, de tesón, de maestría en el escorzo de planos y líneas, de rectas que bullen, de luces que palpitan, de colores que se matizan hasta límites increíbles. Su-



frimiento y angustia en el conflicto artístico una y otra vez planteado. Con afán de novedad, sin estridencia, lo que parece importar, únicamente, es la solución pictórica de problemas planos, luces y color.

Y así, sencillamente, con la aparente sencillez de todo gran arte, con planos y luces, con sabio color nunca estridente, con galleguidad humilde inmensa, una cumbre de nuestra pintura contemporánea española: «Maternidad», sin madre ni hijo, en el silencio en que sólo habla la luz y la ternura de María Elena Gago.

M. G.

LA RUEDA DE LOS
"BEST-SELLERS"

REYES MENDIGOS



Jean Lartéguy, compañero infatigable de D. Lapierre, nos dice de esta novela: «Todo es falso, todo es mentira. Lo afirmo yo, que soy, como todos los narradores de historias, un gran mentiroso».

Los hechos ocurren así: cuatro periodistas y una fotógrafa viajan al Sahara para conocer los motivos del incendio de un pozo de petróleo. Una tormenta de arena les obliga a permanecer cinco días cerca de un oasis, donde viven los miserables «tuaregs». Lo que supuestamente era un simple accidente es, en realidad, un deliberado sabotaje. Allí comienzan dos historias de amor que se entrecruzan: la de la bella Tanirt, una «targui» que vive en el lugar, y la de Hellé, nieta de un magnate de la Prensa francesa.

«Reyes Magos» (Ultramar Editores) describe con cierto dinamismo un tema exótico, Lartéguy no es un gran estilista, pero posee cierto dominio que da fluidez las páginas. Plantea la amenaza que representa el petróleo para los hombres embozados. Nativos que mantienen el rito de no descubrirse, pero que ven su entorno más extraño, trastornado y amenazado.

Barcelona ciudad del libro

CRONICA DE CARLOS DE ARCE

COMLOT EN MADRID

JORDI Sierra y Fabra es un joven escritor muy vinculado con la música de nuestros días, pero últimamente ganó un premio de novela, el Villa de Bilbao, con su obra La revolución del 32 de Trielmbre, basada en un hecho real: el suicidio por drogas de un famoso cantante de música «pop». La novela era bastante original en su planteamiento, quizá más por el ambiente que describía y el tratamiento dado a sus personajes.

Ahora, llevado por ese afán de superarse en la superposición de acciones paralelas, con múltiples personajes, ha escrito para Ediciones ATE una interesante y amena novela, que titula Complot en Madrid. Se plantea en ella el desarrollo de un proyecto de magnicidio. La internacional terrorista prepara un golpe de efecto y desde la fría Suiza, con ramificaciones en los principales centros terroristas del mundo, un grupo de especialistas se lanza a la consecución de un gran atentado en Madrid.

La capital de España está viviendo los trascendentales acontecimientos del cambio político. El Rey va a ser entronizado, y en los Jerónimos, como tradición de la Casa Real, van a congregarse buen número de personalidades políticas de todo el mundo. La trama se entretreje de una manera fría y calculada, hora a hora y segundo a segundo.

La destreza de Jordi Sierra va ofreciendo una apasionante novela, en la que la política, el sexo, el odio y la violencia se dan cita entre los hombres que componen el comando terrorista. La verosimilitud y el interés en seguida hacen presa del lector, que se encuentra con una verdadera novela de acción escrita por un español y con un tema que, si por suerte no es real, pudo estar en la mente de alguien en un momento y tomar cuerpo. Tragedias de este tipo ya se están viendo muy a menudo.

NABOKOV: ADA O EL ARDOR

V LADIMIR Nabokov se hizo internacionalmente famoso con aquella desenfadada historia de Lolita, la escandalosa novela que su presentador pretendía vender como un buen estudio de psicología sexual, y no era más que una simple y llana novela. El éxito ha dado a Nabokov una fórmula infalible en eso de los amores juveniles. Nabokov, sin embargo, ya era y es un gran escritor sin recurrir al truco de la sexualidad infantil.

En esta novela, publicada por Argos Vergara, plantea las relaciones entre primos hermanos; un peligroso juego en un aspecto especialmente prohibido, que se sugiere desde las primeras páginas. La bella Ada, una muchacha verdaderamente excepcional, mantiene relaciones con el hijo del doctor Van Ven, famoso personaje de Reno y Manhattan.

El final de una época extraordinaria coincide con la no menos extraordinaria infancia de Van. El decorado lo sirve la fabulosa propiedad rural de su tío, un gran coleccionista de arte. El apasionado amor infantil de estos dos jóvenes ofrece una serie de escenas intensas, a la que se unen numerosas complicaciones que mantienen la intriga del relato a buen ritmo. Lo mejor, como siempre ocurre con Nabokov,



es el estudio de la psicología de sus protagonistas, que maneja de mano maestra.

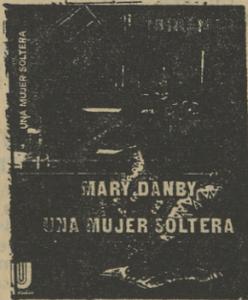
LOS SEÑORES DE LA GUERRA

GERARD Klein es uno de los autores franceses de ciencia-ficción más conocido internacionalmente. Empezó a escribir en 1955 y ya tiene publicadas varias novelas, aparte de haber publicado multitud de artículos y ensayos sobre el tema. En Francia dirige dos famosas colecciones de ciencia ficción, y ahora acaba de publicar la que se considera su obra más completa.

«Los señores de la guerra», editada en España por Acervo, presenta la peripecia de un teniente que odia la guerra. Al hombre no se le ha dado más posibilidad que la lucha: ha nacido en un tiempo dominado por la guerra y debe consagrarse a ella, aunque le repugne. Sin embargo, el teniente Corson tiene la posibilidad de cambiar su destino, y el de millones de seres, cuando su nave estalla y cae en la jungla del planeta enemigo.

Klein, con una amenidad y una pericia no exenta de calidad literaria, narra el fantástico periplo del teniente Corson a través del tiempo: su visita al planeta mausoleo, su entrevista con Aergistal, el infierno donde se libran todas las batallas a la vez y una serie de sorprendentes hechos que le hacen volver sobre sus pasos y rehacer la historia, preservando un segmento de realidad que debía conducir hasta el fin de los tiempos, entre la paz, y, tal vez, la inmortalidad.

UNA MUJER SOLTERA



El presente libro de Mary Danby (Ultramar Editores) narra la vida de una joven con bastantes contradicciones, como si se tratara de los mismos problemas de otras muchas jóvenes de hoy. Jane Carpenter comparte con su amiga el apartamento. Trabaja en una oficina. Visita ocasionalmente a sus padres. Lleva, aparentemente, una vida normal, sin otras complicaciones.

La autora de este libro ha pretendido, a partir de una pequeña historia de una joven —libre de inhibiciones—, reflejar, bien que ha fallado porque cae en lo anecdótico y superficial, todos los problemas que ahora tienen los jóvenes (?).

Sexualidad, anticonceptivos..., etcétera, se pierden a ser meros adornos y muchas veces coartadas de Jane Carpenter. No hay respuestas a estos presupuestos porque no hay planteamientos previos. Todo lo contrario. Hay adecuación en función de necesidades vitales que hacen necesarios, no sé por qué, la utilización de ciertos métodos.

En resumen, esta novela puede ser de interés si hay deseo de evasión, deseo de entretenimiento. No se pretenda buscar más, porque quedarán desengañados. Precio excesivo.

P. TORRES

LA OBRA COMPLETA DE ARRABAL

Las Colecciones Universitarias Planeta (que en estos días prepara la salida al público de sus tres últimos premios Benalmádena: originales de María del Carmen Bobes, Francisco López Estrada y Carlos Moya) se enriquecen con una nueva colección, esta vez de bolsillo,

que dirige la doctora María Hernández Esteban, profesora de la Universidad de Madrid. Esta colección estará en las librerías el día 9 de marzo y cuenta ya con un muy importante bagaje de títulos en preparación. Sobre esta nueva colección, que llevará el muy significativo título de Goliárdica, entrevistamos a su directora:

—¿Fundamentalmente, a quién va dirigida la colección Goliárdica?

—A un muy amplio sector universitario interesado por temas diversos de actualidad, como literatura, cine, música, arte, etcétera; es decir, un lector no especializado pero sí vivamente atraído por cualquier manifestación de amplitud humanista.

—¿Qué autores destacarán entre los primeros volúmenes?

—Al lado de autores considerados clásicos como Edmund Wilson o Emilio Orozco, creo que es muy importante la aportación de autores españoles, jóvenes críticos, como Luis Antonio de Villena, Cándido Pérez Gallego, Gabriel Albiac, Alicia Yllera, Mercedes Rosúa. Aparte de ello creo que existen auténticas novedades reconquistadas del pasado como es dar, por primera vez completas en castellano, las «Memorias», de Casanova, cuya actualidad avala el hecho de que se hayan realizado recientemente dos películas sobre este tema. Una de las más destacadas novedades de la Colección Goliárdica el incluir la obra completa de Fernando Arrabal (teatro, documentos, poesía y novela) en varios volúmenes, hasta ahora muy parcialmente publicados en castellano o en francés, y al amparo de posibles estrenos teatrales de algunas de sus más importantes obras.

—¿Dificultades con Arrabal?

—Dificultades para fijar en castellano gran parte de su obra que preparará y cuidará especialmente el profesor Angel Berenguer, gran especialista y conecedor de la obra de Arrabal. Por lo demás, el autor ha dado todas las facilidades debido a su amistoso interés en editar con nosotros, y a su deseo de ser plenamente conocido en España después de serlo en todo el mundo.

—¿Hay otros proyectos de esta importancia?

—Aparte del número 0, que espero sea una auténtica sorpresa poética por su carácter inédito, comenzará a editarse una amplia serie dedicada a las literaturas románicas en cincuenta y ocho volúmenes, la mitad teoría y la otra mitad antologías. Es una serie que fue concebida por los profesores Martín de Piquer y Antonio Prieto, y en la que colaboran destacados especialistas de los distintos períodos literarios románicos.

—Finalmente, ¿qué número de volúmenes aparecerán al año?

—Se prevé en principio entre 15 ó 20 títulos para el año 1977, partiendo de los cuatro primeros volúmenes que aparecerán en marzo y cuyos títulos son: Castillo de Axel; Travelling; Dados, amor y clérigos; y Al margen del capital. Precisamente al volumen Dados, amor y clérigos, de Luis Antonio de Villena, trata de ese mundo goliárdico que da título a nuestra colección y, en cuanto a Travelling, creo que es una extraordinaria novela, de muy moderna factura, y con el carácter de autobiografía de un caso real de transsexualidad.

PREGUNTAR A BORGES

(Viene de la pág. 1)

llevaran a Borges a decir barbaridades valiéndose de preguntas insidiosas o amentes inteligentes. Yo diría insidiosas e ignorantes (como la de aquel periodista renombrado que inició una entrevista con Miguel Angel Asturias de esta guisa: «¿Qué ha escrito usted, maestro?»). Luego, aprovechando las paradojas de Borges se montan artículos borrosos, analfabéticos y maliciosos, y hasta alguna revista muy hispanoamericana y muy conocida devuelve a sus autores originales que les pidió sobre la obra del argentino.

En el fondo, tanto revuelo no hace más que dar la razón a George Steiner, cuando dice que la actual fama de Borges —en contraposición a aquel otro Borges casi clandestino de los comienzos— ha servido para procurarnos la sensación íntima de haber perdido algo («Extraterritorial: Ensayos sobre la literatura y la revolución lingüística». Barra Ed. Barcelona, 1973. Páginas 37 a 51).

Borges es un viejo conservador —¿o anarquista?— e inofensivo cuyas opiniones políticas ha expresado por escrito en algún lugar de sus libros.

Preguntarle gacetillero y amente sobre la guerra del Vietnam o sobre Pinochet (dos preguntas que ya le han formulado hasta el agobio) es querer obtener carnaza podrida para venderla. Borges ha escrito: «Mis convicciones en materia política son harto conocidas; me he afiliado al Partido Conservador, lo cual es una forma de escepticismo» («Obras Completas». Emecé Ed. Buenos Aires, 1974. Página 1.021). y también: «Hacia 1960 se afilió —Borges habla de él mismo, ahora en tercera persona— al Partido Conservador, porque es indudablemente el único que no puede suscitarse fanatismos» (id. página 1.144). (Cuando Borges habla del Partido Conservador ha de suponerse que no desciende al nivel de Alianza Popular.) Por lo demás, afiliarse este inventor de ficciones a ese raro Partido Conservador del que habla, no veo que tenga nada de malo ni de bueno, máxime cuando Borges no ha ocupado ningún cargo público; y para uno que ocupó —si es que el cargo de director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires lo es— le duró hasta que Perón y su justicialismo lo nombraron, para mofarse de él, inspector de Aves de Corral.

O anarquista?, de cía. En el relato «Utopía del hombre que está cansado». Borges se encuentra con otro Borges futuro que habla así de los gobiernos pasados y de sus mandatos: «Según la tradición fueron cayendo —los gobiernos— en desuso. Llamaban a elecciones, declaraban guerras, imponían tarifas, confiscaban fortunas, ordenaban arrestos y pretendían imponer la censura y nadie en el planeta los acataba. La Prensa dejó de publicar sus colaboraciones y sus efigies. Los políticos tuvieron que buscar oficios más honestos; algunos fueron buenos cómicos o buenos cuarteros» («El libro de arena». Ultramar-Emecé. Buenos Aires-Madrid, 1975. Páginas 130 y 131.) Pero, no. A Borges se le sigue preguntando sobre política (¿qué es la política para esos intrépidos gacetilleros?) y sobre literatura española (¿qué es la literatura española para el autor de aquel artículo publicado en un semanario madrileño de prestigio, titulado «Jorge Luis Borges entre la metafísica y la gilipollez», escrito a raíz de unos nada disparatados juicios de Borges sobre literatura española. Ver el número de la revista «Personas», correspondiente al 14-VIII-76).



CONVERSACION CON MARTA LYNCH

Escribe:
SANTOS
AMESTOY



● "Soy una curiosa buceadora en los problemas de la gente de mi tiempo y siempre escribo de la época actual"

● "No puedes vivir en ninguno de los países de América Latina sin sentirte compelido a explicar esa realidad tan peculiar"

En estas mismas páginas Marcos Ricardo Barnatán explica la narrativa de Marta Lynch. Ello excusa de presentaciones más extensas que la escueta enumeración de los créditos y la obra de la novelista argentina. Digamos, no obstante, que Lynch es una autora inédita en España; que su ausencia del panorama editorial español va a cesar con la publicación de su libro de cuentos «Los dedos de la mano», en Alfaguara, y que su figura ha estado lamentablemente oculta a la atención de los españoles, quizá a causa de los efectos irregulares de aquella operación comercial llamada el «boom» de la narrativa latinoamericana.

Marta Lynch nació en Buenos Aires en 1934. Licenciada en Filosofía y Letras, ha dictado cursos en numerosas universidades de su país y del extranjero. Colabora asiduamente en la Prensa argentina. Los títulos de sus obras son: «La alfombra roja», «El vencedor», «Los cuentos tristes», «La señora Ordóñez», «Cuentos de colores», «El cauce del río», «Un árbol lleno de manzanas» y «Los dedos de la mano». En una reciente estancia de dos meses en España ha trabajado en una novela que se llamará «Cambio de guardia». Declara que aquí ha podido trabajar confortablemente y lejos del asalto de los problemas cotidianos que urgen al ciudadano argentino de hoy. Confiesa que es muy duro llevar los sufrimientos de los demás, que «nunca te son ajenos». Piensa que debe regresar a la Argentina —ya lo ha hecho—: «Deseo —dice— quedarme allí, como todos, y contribuir en algo a la terminación del actual estado de zozobra; porque un pueblo puede estar conflictuado, pero no terminado.» Esta «conversación» se orientó —con todo lo que va dicho ya puede adivinarse— a la obtención de un autorretrato de la escritora o, si se prefiere, a extraer de ella misma las claves para el conocimiento de su personalidad literaria. En primer lugar, Marta Lynch sitúa su próximo libro en el contexto de su obra.

SU PRIMER LIBRO EN ESPAÑA

MARTA LYNCH.—Con «Los dedos de la mano» se consolida una época en mi trabajo, que comienza en los setenta. Algo se operó en mí, una transformación y no sé si fue a causa de una larga estancia en el Perú, lo cierto es que cambió mi manera de ser y de expresarme. Mi anterior libro, «Un árbol lleno de manzanas», tenía que tener un colorido. Aquella era una historia que pretendía ser de amor, pero salió otra cosa. Y que conté de una manera peculiar, fragmentando la realidad en trozos aislados. No fue por hacerme la vanguardista, sino porque no podía ser de otra manera. Este último, que es un conjunto de trece cuentos, lo hice con muchísimo cuidado, en un gran estado de libertad espiritual, como si escribiese en estado de inocencia, como si no fuese a publicar. Hay tres historias fantásticas, cosa extraña en mí, que soy muy dada al análisis sociológico, al realismo psicológico, que soy una curiosa buceadora en los problemas de la gente de mi tiempo y que siempre escribo de la época actual.

PUEBLO LITERARIO.—Esto por lo que respecta a los antecedentes...

M. L.—«Cambio de guardia», la novela que he trabajado acá, y que sucede a este libro, trata de la desintegración de una familia argentina. Es la primera vez que mis personajes andan por otros lados —Dana Point, Las Vegas...— Pero no es sólo la historia de una desintegración familiar, sino de algo más general.

P. L.—¿Cuáles son, en términos específicos, las relaciones entre el libro que pronto veremos publicado aquí y el que dio lugar a esa etapa de los años setenta, «Un árbol lleno de manzanas»?

M. L.—El lenguaje es similar, la apertura con la que han sido abordadas las situaciones y la imaginación es parecida,



y así como en la vida personal uno acepta las etapas distintas de la vida, para mí, como escritora, la etapa comprendida en estos últimos años (quizá dado el gran rigor que uno tiene que poner para escribir hoy en medio de la realidad argentina), ha sido muy be-

neficia y en ella se han producido ambos libros.

P. L.—Esto hace referencia al encaje del libro en el contexto de su obra, ¿pero qué puesto cree ocupar Marta Lynch en el panorama de las letras argentinas?

LA GENERACION DEL 62

M. L.—Generacionalmente, pertenezco a la del sesenta y dos. Aquel fue un año clave. Pero había caído en el cincuenta y cinco y estábamos ya en pleno gobierno civil de Frondizi; con una gran apertura en el sentido de la libertad personal, de la esperanza en que la Argentina se encauzara de una manera distinta a la vigente hasta entonces. Al amparo de aquella situación, unos cuantos comenzamos a ser escritores. No para mostrar una capacidad literaria, sino para dar respuesta a los grandes problemas argentinos. Entonces aparecieron novelas como «Sobre héroes y tumbas», de Sabato, como «Los dueños de la tierra», de David Vinas... Bueno, siempre es injusto hacer enumeraciones. Te doy estos ejemplos porque, además, son los dos novelistas que ya habían publicado antes otros libros muy obras estuvieron muy cerca.

P. L.—¿Y desde el punto de vista del estilo?

M. L.—He sido una fanática buceadora en la realidad argentina. Es una especie de manía. En una crítica muy valiosos. Yo estoy cerca generacional, personal y literariamente de Manuel

Puig, y eso que somos totalmente opuestos en nuestra manera de expresarnos. Pero hemos compartido una notable cantidad de problemas literarios juntos. También hemos publicado casi a la vez, por ejemplo, el año en el que yo publiqué «La señora Ordóñez», él publicó «La traición de Rita Hayward», cuando yo publiqué «Cuentos de colores» él publicó «Boquitas pintadas». Es decir, nuestras sagas que me hicieron en la Universidad de Oklahoma sobre «Un árbol lleno de manzanas» se decía que los mejores escritores latinoamericanos tenían la manía de la politización, de la concienciación política y del estudio de la realidad. Cuando leí la crítica, que por cierto era muy elogiosa, no pude menos que reirme porque demostraba que un autor no había vivido una sola semana en ninguno de nuestros países. No puedes vivir en ningún país de América Latina sin sentirte compelido a explicar esa realidad tan particular.

LENGUAJE Y VIOLENCIA

P. L.—Quizá no sea esta una respuesta que se refiera al estilo, o quizá sí. En cualquier caso, sí es una toma de posición ante la realidad. En un número de la revista de Occidente, en mil novecientos setenta, dedicado a las letras argentinas y encomendado al cuidado de Victoria Ocampo, no figuran ni Manuel Puig ni Marta Lynch. ¿Cree que ello es revelador de la acogida en su país y en determinados sectores literarios de aquella actitud frente a la realidad de la que hablábamos?

M. L.—Desde luego. Yo no tengo ninguna aversión a Victoria Ocampo, al



Casares y Silvina Ocampo, que son mis amigos muy queridos y muy admirados me decían antes de que yo emprendiera este último viaje a Europa que les costaba un enorme trabajo encerrarse a escribir y a entregarse a otra temática que no sea la de la explicación de algo que nos corroe individualmente y colectivamente.

LENGUAJE LITERARIO Y REALIDAD SOCIAL

P. L.—No es nuevo que, desde este punto de vista, en la Argentina se haya puesto en tela de juicio —negativa unas veces, afirmativa otras— la actitud de Julio Cortázar. El tema es traído aquí no a título de tópico ni de alabanza o repulsa, sino de significatividad, señalada desde la perspectiva generacional de Marta Lynch.

M. L.—Yo siempre he tomado a Julio como un argentino. Mira, es belga de origen, de formación argentina, francés por adopción y ahora mejicano por pasaporte, porque tengo entendido que los franceses le negaron la nacionalidad y tuvo que hacerse mejicano. Pese a todo ese merengue internacional, yo sigo creyendo que es un escritor argentino. A lo mejor a él no le gusta esto que yo digo. Pero a mí me parece que «Rayuela» no es solamente la novela del desarraigo de quienes están con un pie en Europa y otro en América, sino que es la historia del propio desarraigo argentino, porque nosotros nos vemos constreñidos a ser esa cosa tan difícil como no ser europeos ni latinoamericanos, sino un híbrido fantástico. En cuanto a su militancia, no abro juicio. Digo solamente que cuando publicó «El libro de Manuel» y fue tan criticado, a mí, paradójicamente, me fascinó. Ahora bien, que mediante la redacción de un libro haya querido contribuir al esclarecimiento de la lucha ideológica en la República Argentina me parece pueril, una niñería. Con toda la literatura de la tierra no hay para superar a la contribución del que se inmiscuye en la propia realidad cotidiana.

P. L.—¿Cuál es, pues, la relación posible entre el lenguaje literario y eso que se llamaba antes compromiso social?

M. L.—Debo dar una respuesta ambigua. Por un lado, exijo para el escritor una total libertad. Es decir, si alguien quiere hablar como Adolfo Bioy Casares en el «Diario de la guerra del cerdo» sobre la lucha entre los jóvenes y los viejos sus razones y derechos tendrá. Si alguien como Vinas en «Los dueños de la tierra» explica el aprovechamiento de un cierto sector económico, político y social de las grandes tierras de la Patagonia y denuncia la injusticia social me parece que está en su magno derecho. So hablo de mi caso, creo que el compromiso es casi imposible de evitar. Si me siento a escribir una novela como la que he escrito ahora en España y cuento la desintegración de una familia argentina, tal desintegración no se fundamenta en cánones éticos y morales abstractos, sino crudamente en las condiciones de la realidad que la propiciaron. En mi caso, el compromiso es espontáneo. Ahora bien, por lo que hace al lenguaje a utilizar me parece que su elección es totalmente circunstancial. Vale decir que tu lenguaje es una exigencia del texto mismo, no una elección previa y, ni mucho menos, una pose estilística o vanguardista.

P. L.—¿Puede decirse que semejante esteticismo apriorista se da igual, aunque invertido, en las escuelas de los diversos realismos sociales?

M. L.—Claro, claro.

■ "Tu lenguaje es una exigencia del texto, no una posición previa"

contrario, a medida que he ido creciendo he ido teniendo mayor respeto y, ahora que ella tiene casi ochenta y siete años, le tengo casi reverencia. No puedo olvidar que muchas cosas de las que leí en mi adolescencia salían de su editorial, «Sur». Ahora bien, ella no puede, o no quiere, entender esa Argentina fea, dura, conflictuada y distinta que es la nuestra. La única excepción en el panorama de Victoria es Ernesto Sabato, es el único escritor comprometido con la realidad que ella soporta. Nosotros, mi generación, no significamos la Argentina inglesa, afrancesada, sino la latinoamericana.

P. L.—Entre nosotros fue reveladora la interpretación de un crítico español, Rafael Conde, de la literatura latinoamericana, basada en la relación entre el lenguaje y la violencia.

M. L.—¡Oh! Fíjate, hasta en Borges. Su caso es extraordinario. Hombre, cuyas ideas políticas, cuya vida es la antítesis de todo eso, tiene toda una época dedicada a los famosos cuchilleros, que no eran sino una expresión muy particular de la violencia de su tiempo, de la época de su juventud. Y, efectivamente, creo que sí, está bien esa interpretación. En nosotros, la relación entre el lenguaje y la violencia es una característica muy particular. Por ejemplo, en mi caso; en todas mis novelas, incluso en las anteriores a esta época en la que la Argentina se ha hecho tristemente célebre por los acontecimientos de su vida cotidiana, hay una tensión de violencia. Es una especie de raíz común. No se nos puede pedir otra cosa. Hasta gente como Bioy